

MADRE DEL DOLOR SERENO:**LA SOLEDAD DE MARÍA [298]****Meditación – 2025**

Hacia el final de la tercera semana de los ejercicios San Ignacio nos invita a contemplar toda la Pasión en su totalidad, y en particular, a considerar la «(...) **la soledad de nuestra Señora con tanto dolor y fatiga**» [208]. En esta meditación, entonces, buscamos considerar la soledad de Nuestra Señora.

En las meditaciones de la segunda semana San Ignacio pedía que tengamos un «**conocimiento interno del Señor**». Casanovas dice que se trata de «un conocimiento tal, que sea algo así como la vida misma de Jesús vivida y sentida por mí»¹ (**Casanovas**); además, «uno de los sentidos de esta petición es que ese conocimiento no se detenga hasta haber llegado al corazón y al alma misma del Salvador»². Y esto mismo tenemos que hacer aquí mirando a María, es decir, tenemos que buscar un **conocimiento interno de María**, un conocimiento interno del corazón de María. Así como el costado de Cristo fue abierto por la lanza invitándonos a entrar en los sentimientos interiores del Señor, ahora nuestra Madre tiene su corazón atravesado por la espada de dolor y también nos invita a entrar como por una puerta y morar en su corazón.

En definitiva, en esta meditación, buscamos un conocimiento interno del corazón de María, un conocimiento que nos haga entrar en sus sentimientos, del mismo modo que el costado de Cristo abierto en la cruz nos invita a entrar en su amor.

ACTOS PREPARATORIOSOración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Composición de lugar:

Será contemplar con la vista imaginativa el camino que recorre Jesús con la cruz a cuestas, el Monte Calvario, el sepulcro donde es colocado el cuerpo del Señor...

¹ CASANOVAS, *Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales*, Tomo 1, Cap III, punto 1.

² *Idem*, Cap V, punto 4.

Petición:

Conocimiento interno del corazón de María, de su dolor interior, para aprender de Ella cómo imitar a Cristo en su sufrimiento.

PUNTOS

Proponemos tres puntos:

- 1) En primer lugar sigamos de cerca a María que contempla a Jesús que va cargando con la cruz camino al Calvario.
- 2) Después detengámonos en el descendimiento de Jesús de la cruz y contemplemos a Jesús en brazos de su Madre.
- 3) Por último, pensemos en la soledad de María después de la sepultura de su Hijo y la espera de María en el cenáculo.

De estos tres puntos, el primero será un poco más extenso. Cada uno puede detenerse y “mastigar” donde más encuentre miga, donde pueda “sacar el jugo” aunque sea a un solo detalle.

Es importante tener presente que «no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente» [2], siempre tratando de reflexionar en uno mismo, apuntando a la parte del coloquio, que en general está al final, pero si uno ya tiene con un punto como para hablar con la Virgen por ejemplo, no hace falta que termine de ver todo y cada uno de los puntos. Es muy importante llegar al coloquio que, como dice san Ignacio, «se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro, o un siervo a su Señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas, y queriendo consejo en ellas» [54].

Hablar con la Virgen, verla allí en ese encuentro con Jesús camino al Calvario; hablar con la Virgen allí teniéndolo en brazos; hablar con la Virgen en el Cenáculo, en esa espera confiada de la Resurrección de su Hijo.

1) MARÍA CONTEMPLA A JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS CAMINO AL CALVARIO

María contempla a su Hijo llevando la cruz. María está sola interiormente, soportando este sufrimiento de ver a su Hijo así maltratado. Nadie lo sufre como ella.

Aunque rodeada de gente, está sola en su dolor. «¿Con qué esfuerzo, dado del cielo miró la Virgen a su Hijo, que iba tan desfigurado y atormentado a morir tan afrentosamente a la cruz?»³.

Y podemos contemplar el encuentro de Jesús con María camino al Calvario, aquello que rezamos en la cuarta estación del *Via Crucis*. Veamos cómo María mira a su Hijo...

³ L. DE LA PALMA - F. X. RODRÍGUEZ MOLERO, *Obras del Padre Luis de la Palma*, Biblioteca de Autores Cristianos, Editorial Católica, Madrid 1967, 231.

«...al fin, le miró de cerca, y el Hijo la miró a Ella, que era su Madre; y los ojos de los dos se encontraron, y quedaron atravesados los corazones de cada uno con el dolor y sentimiento del otro, y no menos regalados con la vista y con la fidelidad y amor que reconoció cada uno en el otro. No se hablaron palabra, porque la prisa no daba lugar; y aunque estuvieran muy despacio, el dolor era tan crecido, que había anudado sus gargantas de manera que no daba lugar a poder formar la voz. Pero los que se quieren bien, con los ojos se hablan, y se dan a entender los corazones; principalmente siendo los ojos tan vivos y penetrantes como eran aquí los del Hijo y los de la Madre»⁴.

No intercambian palabras, pero sus miradas lo dicen todo.

Y si miramos a María como modelo, **¿cuántas veces nosotros nos sentimos solos en el sufrimiento? ¿Cómo reaccionamos ante el dolor de quienes amamos?**

San Juan Pablo II reflexiona que en ese momento, María pudo recordar las palabras del ángel en la Anunciación⁵:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». (Lc 1,30-33)

María recordaba estas palabras. Las consideraba a menudo en la intimidad de su corazón. Cuando en el camino hacia la cruz encontró a su Hijo, quizás le vinieron a la mente precisamente estas palabras, con una fuerza particular. «Reinará... *Su reino no tendrá fin*», había dicho el mensajero celestial.

Ahora, al ver que su Hijo, condenado a muerte, lleva la cruz en la que habría de morir, podría preguntarse, humanamente hablando: ¿Cómo se cumplirán aquellas palabras? ¿De qué modo reinará en la casa de David? ¿Cómo será que su reino no tendrá fin? Son preguntas humanamente comprensibles.

Ante la contradicción aparente, su respuesta sigue siendo la misma: «*Hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1,38). Ahora ve que aquellas palabras se están cumpliendo como palabra de la cruz. Porque es madre, María sufre profundamente. No obstante, responde también ahora como respondió entonces, en la anunciación: «*Hágase en mí según tu palabra*». De este modo María abraza la cruz junto a su Hijo.

Y nos podemos preguntar, **¿cómo aceptamos las cruces que Dios permite en nuestra vida? ¿Nos mantenemos firmes en la fe, como María?**

El libro de las lamentaciones tiene unas palabras que se aplican perfectamente a María: «*vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor que me atormenta*» (Lam 1,12).

Y María sigue sufriendo durante el camino de Jesús con la cruz a cuestas y se extiende en la crucifixión y la muerte de su Hijo.

⁴ *Ibid.*, 231.

⁵ Sigo a JUAN PABLO II, *Via crucis*, viernes santo del año 2000 en el Coliseo de Roma. Consultado en: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/2000/apr-jun/documents/hf_jp-ii_spe_20000421_via-crucis.html

El mismo profeta Jeremías dice también: «¿A qué te compararé, hija de Jerusalén? ¿A qué te igualaré al consolarte, virgen hija de Sion? Porque grande como el mar es tu ruina, ¿quién te podrá sanar?». (Lam 2,13)

San Juan de Ávila exclama:

«Oh, bendito seas, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjague sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones; no hay quien acompañe su soledad. ¿Quién agotará tu dolor? No hay ya consuelo para ti»⁶.

El consuelo de María era el mismo Jesucristo. El remedio de María era Jesucristo. La alegría de María era Jesucristo.

«El sólo te era todas las cosas; con sólo Él estabas Señora contenta, y ninguna cosa echabas de menos; teniendo a Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él todo tu bien has perdido; no lo cambiaras por cielos y tierra»⁷.

La medida del dolor de María es la medida del amor que tenía por Jesucristo. Y por eso, ¿qué remedio se puede poner a semejante dolor?

«Cuan grande es el amor que ardía en tu corazón, tan grande es la angustia. Si pudiésemos conocer cuán grande es el amor que esta Virgen sacratísima tenía a su Hijo, conoceríamos el dolor que (hoy) ha pasado por ella; pero, como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió. (...) En las madres de acá hay tasa (medida) en el amor que a sus hijos tienen, por muy mucho que los amen; aquí no hay tasa (medida), sino que la Virgen amaba a Jesucristo cuanto el Espíritu Santo le soplabá; y esto era mucho; y así no se puede decir, no se puede tasar, no hay palabras para poder ponderarlo»⁸.

Y así como estaba el cuerpo de Jesucristo, así estaría el corazón de María...

«Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por las espinas, horadados con clavos tan crueles sus pies y manos, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo descoyuntado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal os parece que estaría el corazón de la Virgen, que esto tenía delante los ojos? ¡Oh virginal corazón! Se la pinta con siete cuchillos... ¡con setecientos la habría que pintarla! No tienen cuenta las gotas del mar y sus arenas, no tienen cuenta las estrellas del cielo con los dolores de la Virgen María»⁹.

«Ella es la que más perdió –dice San Juan de Ávila–, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá (...) No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo ni arrimo en la tierra, muerto tu santísimo Hijo, porque en él tenías todas las cosas»¹⁰.

⁶ JUAN DE ÁVILA, *Obras completas del B. Mtro. Juan de Avila. II, Sermones, pláticas espirituales*, Biblioteca de Autores Cristianos, Editorial Católica, Madrid 1953^{Ed. crítica}, 1044. He retocado muy levemente algunos textos originales de San Juan de Ávila para que se entiendan los vocablos y giros antiguos.

⁷ *Ibid.*

⁸ *Ibid.*, 1047.

⁹ *Ibid.*, 1048.

¹⁰ *Ibid.*, 1044-1045.

Esta es la Virgen... este es el corazón de la Virgen Santísima, que sufre al compás de Jesucristo; su corazón está sincronizado con el de su Hijo... y así fue todo el camino hasta el monte Calvario; así fue toda la atroz crucifixión (con la Virgen ahí delante, mirando cada detalle y sintiendo en sí misma cada dolor de su Hijo).

Como dice Benedicto XVI: «su dolor forma un todo con el de su Hijo. Es un dolor lleno de fe y de amor. La Virgen en el Calvario participa en la fuerza salvífica del dolor de Cristo, uniendo su *«fiat»*, su *«sí»*, al de su Hijo»¹¹.

Muerto Jesús, colgado allí en la cruz, viene Longinos y abre el costado del Señor, delante de María Santísima...

«¿Qué os parece que sentiría de ver romper así cruelmente aquella carne virginal, salida de sus entrañas?»¹².

Con razón San Bernardo llama a María «mártir en el alma».

«En verdad, Madre santa, una espada traspasó tu alma. Por lo demás, esta espada no hubiera penetrado en la carne de tu Hijo sin atravesar tu alma. En efecto, después que aquel Jesús — que es de todos, pero que es tuyo de un modo especialísimo — hubo expirado, la cruel espada que abrió su costado, sin perdonarlo aun después de muerto, cuando ya no podía hacerle mal alguno, no llegó a tocar su alma, pero sí atravesó la tuya. Porque el alma de Jesús ya no estaba allí, en cambio la tuya no podía ser arrancada de aquel lugar. Por tanto, la punzada del dolor atravesó tu alma, y, por esto, con toda razón, te llamamos más que mártir, ya que tus sentimientos de compasión superaron las sensaciones del dolor corporal. (...) No os admiréis, hermanos, de que María sea llamada mártir en el alma».

«(...) Pero quizá alguien dirá: “¿Es que María no sabía que su Hijo había de morir?” Sí, y con toda certeza. “¿Es que no sabía que había de resucitar al cabo de muy poco tiempo?” Sí, y con toda seguridad. “¿Y, a pesar de ello, sufría por el Crucificado?” Sí, y con toda vehemencia. Y si no, ¿qué clase de hombre eres tú, hermano, o de dónde te viene esta sabiduría, que te extrañas más de la compasión de María que de la pasión del Hijo de María? Éste murió en su cuerpo, ¿y ella no pudo morir en su corazón? Aquella fue una muerte motivada por un amor superior al que pueda tener cualquier otro hombre; esta otra tuvo por motivo un amor que, después de aquél, no tiene semejante»¹³.

Más tarde, llegan Nicodemo y José de Arimatea, bajan el cuerpo de Jesús, y lo colocan en los brazos de su Madre.

2) EL DESCENDIMIENTO DE JESÚS DE LA CRUZ; JESÚS EN BRAZOS DE SU MADRE.

Teniendo esto en vista, reflexiona San Juan Pablo II:

¹¹ BENEDICTO XVI, *Angelus*, Domingo 17/9/2006. Consultado en: https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2006/documents/hf_ben-xvi_ang_20060917.html

¹² *Ibid.*, 1050-1051.

¹³ SAN BERNARDO, Sermón en el Domingo infraoctava de la Asunción, 14-15: Opera Omnia, edición cisterciense, 5 (1968), (273-274). Liturgia de las Horas 15 de septiembre.

«Han devuelto a las manos de la Madre el cuerpo sin vida del Hijo. Los Evangelios no hablan de lo que ella experimentó en aquel instante.

Es como si los Evangelistas, con el silencio, quisieran respetar su dolor, sus sentimientos y sus recuerdos. O, simplemente, como si no se considerasen capaces de expresarlos.

Sólo la devoción multisecular ha conservado la imagen de la “Piedad”, grabando de ese modo en la memoria del pueblo cristiano la expresión más dolorosa de aquel inefable vínculo de amor nacido en el corazón de la Madre el día de la Anunciación y madurado en la espera del nacimiento de su divino Hijo.

Ese amor se reveló en la gruta de Belén, fue sometido a prueba ya durante la presentación en el Templo, se profundizó con los acontecimientos conservados y meditados en su corazón (cf. **Lc 2, 51**). Ahora este íntimo vínculo de amor debe transformarse en una unión que supera los confines de la vida y de la muerte»¹⁴. (**San JP II**)

El corazón de la Virgen era el corazón más tierno que ha existido.

«Es tan tierna, que si viera padecer algún mal a los mismos que crucificaron a su Hijo y lo trataron tan cruelmente, se dolería de ello. Ella es nuestra Madre también, nuestra madre del Cielo, que se duele de nuestros sufrimientos más de lo que nosotros mismos nos dolemos, y así también procura remediarlas».¹⁵

«Por eso decía San Juan de Ávila: “el mayor dolor de cuantos se pueden pensar en el mundo, en el corazón más tierno: ¿qué os parece que sentirá?».¹⁶

«¡Qué dolor tan fuerte para esa Madre que ve a su Hijo llevado al sepulcro! “Era el mayor dolor que pensáis... Lloran allí los ángeles junto con la Madre —llega a decir el Maestro de Ávila— (...) ¡Qué llanto sería! ¡Oh, bendita tu misericordia, Señor, que no hay corazón que baste a pensarlo sin que se deshaga y quebrante de dolor!”».¹⁷

«Y la Virgen, nuevamente, acepta todo como voluntad divina. Repetiría una vez más las palabras de la Anunciación: “*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*” (**Lc 1,38**). Hablaría en su corazón con el Padre, y diría llena de fe: “este Hijo me diste; con gran alegría le recibí. Míralo, ahí os lo torno; vos me lo diste, vos me lo quitaste, cúmplase vuestra santísima voluntad; esclava soy para todo lo que vuestra majestad quisiere hacer de mí. El día de mi alegría os canté: *mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador* (**Lc 1,46-47**); el día de mi tristeza y dolores os suplico le recibáis en agradable sacrificio por los pecados de los hombres”».¹⁸

«Es que nuestros pecados han taladrado no sólo a Jesús, sino también a María. “¡Oh pecadores, cuán caro me costáis! ¡Cómo por amor de vosotros ha pasado mi corazón trance tan amargo como ha sido éste, ver a mi Hijo Jesucristo padecer tan cruel muerte y pasión! Lo que vosotros hicisteis, Él lo ha pagado, y mi alma lo ha sentido: por bien empleado vaya... porque vosotros recibáis el fruto de ello y alcancéis perdón de Dios”».¹⁹

¹⁴ Juan Pablo II, *Via crucis*...

¹⁵ Cf. *Ibid.*, 1054-1055.

¹⁶ *Ibid.*, 1055.

¹⁷ *Ibid.*, 1054.

¹⁸ *Ibid.*, 1055.

¹⁹ *Ibid.*

Este es el corazón de la madre, solitario..., que piensa en sus hijos, porque es el contracambio que recibió en la cruz de parte del Señor, cuando estando allí Jesús le dice «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*».

3) LA ESPERA DE MARÍA EN EL CENÁCULO

«Habíase vuelto la Virgen Nuestra Señora, desde el Calvario y lugar del sepulcro, al Cenáculo del monte Sión, haciéndose fuerza para arrancarse de aquellos lugares. Y dejando el corazón acompañando al cuerpo de su Hijo en el sepulcro, volvió por los mismos pasos y caminos que había visto venir a su Hijo cargado con el madero de la cruz, llena de luto y de viudez, renovando la memoria de sus dolores, salpicadas las tocas y manchado el vestido con la sangre preciosa de su redención, resolviéndose toda en lágrimas de amor y de dolor. Volvía por las calles de la ciudad, amparada de la sombra y oscuridad de la noche, para no ser del todo conocida».²⁰

«María había escuchado a su Hijo desde la cruz: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo...*» (Jn 19,26). Era el testamento para la Madre... “Jesús al morir quiere que el amor maternal de María abrace a todos por los que Él da la vida, a toda la humanidad”».²¹

«Allí el mismo Jesús se había despojado de la compañía espiritual de su Madre, y ella había sentido ese dolor como propio, allí la soledad se maximizaba. Pero el trabajo ya estaba presente. Y no podemos imaginar ahora a María totalmente aislada, sin querer hablar con nadie, egoístamente encerrada en su dolor. En esta profunda desolación que está sufriendo, María quiere reunir a sus hijos dispersos. Que, si todos habían abandonado al Maestro, ahora María los manda a llamar para alcanzarles el perdón.

Podemos imaginar cómo pasaron el sábado acompañando y consolando a la Virgen y llorando con ella tanto dolor. No con un llanto desesperado, es un llanto en el que concurren el dolor y la fe, como fundidos en el alma y, en el caso de María, que es la que más fe, esperanza y caridad tenía, con la plena certeza de la resurrección de su Hijo.

También nosotros nos podemos preguntar, **¿cómo vivo yo los momentos de espera? ¿Sé confiar en que Dios sigue obrando, aun cuando todo está envuelto en silencio?**

La Dolorosa fue testigo de la Pasión de su Hijo con su **presencia** y también partícipe con su **compasión**. María Santísima realizó por adelantado aquello que dice San Pablo «*suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia*» (Col 1,24). Ella lo cumplió en su carne y en su corazón. Ella vivió ese dolor con una fecundidad inmensa».²²

Terminar con un coloquio con la Virgen de los Dolores, pidiendo alguna gracia, o pidiendo consejo, pidiendo disculpas. Hablando con la Virgen en algún punto que más me llega. Buscar consolarla y buscar que Ella nos ilumine en las decisiones que hemos tomado y en las que tenemos que tomar. Que nos ilumine también a nosotros en el camino de la Cruz.

Coloquio.

²⁰ L. DE LA PALMA - F. X. RODRÍGUEZ MOLERO, *Obras del Padre Luis de la Palma*, 327.

²¹ SAN JUAN PABLO II, *Via crucis* ...

²² Cf. SAN JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Salvifici doloris*, Ciudad del Vaticano, 1984, n.25.